

EN EL AÑO INTERNACIONAL DEL NIÑO

El Salvador se ha hecho eco, más que otras veces, de lo que las Naciones Unidas han proclamado para 1979: **El Año Internacional del Niño**. Si son importantes los **Años Internacionales**, porque resaltan y llaman la atención sobre problemas básicos de la humanidad, para hacer conciencia y unificar esfuerzos en la búsqueda de sus soluciones, el del **Niño** reviste una importancia capital, porque a través de él se refleja la sociedad entera; dirigirse al niño; preocuparse por él, es abarcar la familia, la escuela, el medio ambiente, la complejidad de la estructura social. El Salvador es un país joven: la mitad de sus habitantes son menores de 16 años. El niño, por lo tanto, tiene que estar en el foco de su preocupación.

Para el año 2.000 El Salvador va a tener diez millones de habitantes. Esta noticia constituye el vaticinio más grave para el país, como se analiza en otro editorial de este número de la revista. Pues bien, los niños de hoy, los que logren sobrevivir a pesar del alto índice de mortalidad infantil, serán los hombres jóvenes del año 2.000, los de veinte a treinta años, las fuerzas vivas del país, las que podrán solucionar los gravísimos problemas que les habremos dejado los hombres de hoy, o los que fracasarán una vez más en el intento de construir una patria digna para todos los ciudadanos. El futuro se construye desde hoy. Los problemas que se avecinan tienen que ser abordados con creatividad y valentía. Preocuparse del niño es preocuparse del mañana, es empezar a poner las bases de la sociedad del siglo venidero. De cómo formemos a los niños de hoy va a depender cómo se constituya la sociedad del mañana. Por eso, tomar en serio el **Año del Niño** es tomar en serio al país, es tomar en serio el futuro.

Pocos **Años Internacionales** se han tomado tan en serio en El Salvador. Los actos públicos, los discursos, las comisiones, han sido cuantiosos, y con mucha resonancia en los medios de comunicación de masas. Como es obligado en tales casos, la poesía y el romanticismo afloran a los labios mejor intencionados. Las virtudes y cualidades de los niños, su inocencia, su esperanza, son enaltecidas.

A ellos se les ofrenda el porvenir de la patria. Todo eso está muy bien, y es justo; pero no basta. **Mal Año Internacional del Niño** sería si todo se quedara en retórica, en buenas intenciones, en palabras. Pero no todo ha sido retórica barata, sino que también se ha buscado la explicación de los males que afectan a la niñez salvadoreña. Otra cosa será que se apliquen los remedios adecuados para corregir los males que aquejan al **Niño** y a la **Patria**.

Las palabras del Sr. Presidente de la República en su discurso de inauguración del **Año Internacional del Niño** encierran un mensaje de gran trascendencia para la nación, al hacer un breve análisis de la sociedad en la que está creciendo el niño salvadoreño.

"Tenemos que comenzar por reconocer las dificultades que vive el niño frente al abandono, la incompreensión, la desnutrición, la crueldad y la explotación".

"Cuando un niño crece y se desenvuelve en un ambiente hostil se convierte, cuando adulto, en un inadaptado social y en el peor de los casos en un delincuente. De ahí la obligación que tienen los adultos de contribuir a mejorar las condiciones de vida del niño, ya sea de la ciudad o del campo".

El Sr. Presidente, con este análisis, está indicándonos las causas estructurales del problema: el abandono, la incomprensión, la desnutrición, la crueldad y la explotación; esto produce un ambiente hostil que lo va a preparar para que de adulto sea o un inadaptado o un delincuente. Es muy importante que el mandatario recalque las causas de la situación nacional, pues a él le toca coordinar todas las medidas tendientes a "construir desde los cimientos la Patria próspera y pujante del porvenir que deseamos para nuestros hijos", como dice en otra parte de su discurso.

Las medidas que propone el Sr. Presidente se reducen a unos "instrumentos legales", a "fomentar y fortalecer la unidad familiar como sustento de la sociedad", y a pedir "buenos ejemplos". Para curar una enfermedad no basta descubrir los síntomas ni bajar la fiebre, hace falta combatir los gérmenes patógenos que la originan. Para remediar el mal es preciso destruir las causas de ese mal: el abandono, la incomprensión, la desnutrición, la crueldad y la explotación. Mientras se den estos fenómenos, ni la familia puede constituir una unidad, ni el niño recibirá buenos ejemplos; y las leyes quedarán para los estudiosos del derecho. La familia está rota estructuralmente, por esas condiciones señaladas por el Sr. Presidente: por la falta de hogar, de trabajo, de seguridad, de libertad; y sus miembros se tienen que disgregar en busca de trabajo, de pan, de techo, de seguridad.

Un niño que se cría sobre un piso de tierra, bajo un techo de paja o entre paredes de cartón; un niño que vive desnudo, con el abdomen hinchado por los parásitos y el hambre, que se muere de disentería; un niño que tiene que exponerse al riesgo de ser atropellado en la calle mientras vende diarios, cuida carros o pide "cincos"; un niño que no conoce la letrina ni el agua potable; un niño que ve a su padre borracho por la desesperación, o a su madre perpetuamente embarazada pero trabajando sin descansar; un niño que contempla los atropellos constantes a los pobres, cómo se llevan presos y amarrados a sus parientes, vecinos, y a su mismo padre, por no estar conformes con su situación; un niño que ve esos carros lujosos que cuida en los "drive-in", en los cines lujosos, en los restaurantes, en los comercios de categoría, donde los que le regatean el "cinco" se gastan los billetes grandes sin ninguna preocupación; un niño que contempla los palacios sobre su champa, en los que tal vez su madre recibe unos centavos por lavar la ropa o limpiar los pisos; un niño que erece contemplando en la finca o en la casa de descanso cómo los patrones disfrutan de la vida, y con suerte le caen a él las migajas de Epulón; un niño formado en ese ambiente, con esos ejemplos, en esa sociedad, lo menos que puede ser es un resentido social, si no un delincuente. Frente a tales ejemplos que le da la sociedad, no podemos esperar que esté

muy de acuerdo con ella, ni que sea la esperanza del mañana.

Una gran tarea tenemos ante nosotros en este **Año Internacional del Niño**: construir una Patria justa para que el niño de hoy encuentre en ella su hogar, y prepararlo para que el día de mañana tome el relevo en la construcción de una nueva sociedad. El niño se educa en la sociedad, y condicionado por ella. No será educando al niño como compondremos la sociedad, sino componiendo la sociedad como educaremos al niño. Pero los cambios estructurales no se realizan en un año, por mucha importancia que se le dé a ese año. Además, está cada día más claro que en El Salvador los cambios estructurales son irrealizables, que las condiciones se deterioran día a día, y que los intereses dominantes no permiten el menor respiro. Pedir en este **Año Internacional del Niño** que se comience siquiera a atacar las causas endémicas y patógenas de nuestra sociedad, es una quimera. Tres cosas, nada más, pedimos para el niño salvadoreño en su **Año Internacional**.

Uno de los problemas que más afectan al niño salvadoreño es la desnutrición. Toda persona medianamente entendida en nutrición sabe que un vaso de leche diario, en los primeros ocho meses de vida, permite la conformación de la mielinización neocortical, base para la posterior vida intelectual; son ocho meses los esenciales para esa formación, pasados éstos, el mal es irreparable. ¿Será posible en este **Año** crear una campaña, y los medios necesarios, para hacer que todos los niños salvadoreños tengan su vaso de leche diario, aunque los mayores tengamos que privarnos en parte de ella, para no legar a la posteridad una generación de retrasados mentales?

Otro problema inmediato, cuyas causas son estructurales, es la deficiente salud del niño salvadoreño, la alta tasa de mortalidad infantil, la carencia de medicinas y de atención clínica. ¿Seremos capaces en este **Año** de proporcionar a todos los niños salvadoreños la atención sanitaria que requieren, para salvar vidas y legar una generación sana y fuerte?

Finalmente, el analfabetismo en el país, si bien es cierto que disminuye en su porcentaje, pero aumenta en números absolutos año con año. No hay cupo suficiente en las escuelas para toda la población infantil, ni presupuesto para atenderla. Pero, lo que es más grave, son muchos los niños salvadoreños para los que ir a la escuela es un lujo al que tienen que renunciar para ayudar a sostener la economía agónica de su hogar. ¿Será posible que en este **Año** renunciemos a tanto gasto inútil e improductivo, que no da vida —y que alguno de ellos sólo da muerte— para posibilitar que todos los niños salvadoreños vayan a la escuela, dando incluso ayuda económica a las familias que necesitan del aporte de sus hijos, para legar al futuro una generación capaz de crear y transformar la Patria?

Gran tarea la que nos toca a todos en este **Año**



Internacional del Niño, si no queremos quedarnos en discursos ni en romanticismos. Este año será la prueba para demostrar que El Salvador no está de-

rrotado ni muerto, sino que tiene vitalidad, que tiene fe en el futuro.

F.V.I. y S.M.